

Citación bibliográfica: CASTILLEJA, Diana. «Ruth Behar: “Los lugares son receptáculos de memoria”». *América sin Nombre*, 30 (2024): pp. 258-279, <https://americasinnombre.ua.es/article/view/25805>

Ruth Behar: «Los lugares son receptáculos de memoria»

DIANA CASTILLEJA

Vrije Universiteit Brussel y

UCLouvain Saint-Louis - Bruxelles, Bélgica

 <https://orcid.org/0000-0002-9679-2617>

Introducción

En el exilio judeo-latinoamericano, la transmisión intergeneracional de la memoria forma parte de un proceso complejo, al que se añade, además, una carrera contra el tiempo a fin de preservar la memoria y la historia de varias generaciones antes de que se pierdan. De tal modo que las memorias, susurros del pasado, se entrelazan con el presente mediante relatos tejidos con fragmentos de recuerdos. En cada exilio resuena el coro de voces desplazadas que busca prolongar su eco en la historia. Y en ese vaivén de ausencias y presencias, la transmisión intergeneracional de la memoria constituye el lazo entre un pasado fragmentado y un presente y futuro en construcción, tal y como se refleja en el trabajo de la escritora y antropóloga cultural, Ruth Behar¹, donde cada gesto y cada relato transmitido funge como melodía

1. En la obra de Behar convergen textos no ficcionales, relacionados a su trabajo como antropóloga, como textos de narrativa y poesía que, además, se dirigen tanto a un público adulto como a uno juvenil e infantil. A continuación, mencionamos algunos títulos que dan cuenta de su vasta producción publicada principalmente en inglés, a la que se añaden los títulos disponibles en español: *The Presence of the Past in a Spanish Village: Santa Maria Del Monte* (1991) / *La presencia del pasado en un pueblo español: Santa María del Monte* (2013); *Translated Woman: Crossing the Border with Esperanza's Story* (1993) / *Cuéntame algo, aunque sea una mentira: las historias de la comadre Esperanza* (2009); *Bridges to Cuba* (1996) / *Puentes a Cuba* (1996); *The Vulnerable Observer: Anthropology that breaks your heart* (1997), *La cortada* (2004); *An island called Home: Returning to Jewish Cuba* (2007) / *Una isla llamada hogar* (2010); *Traveling Heavy: A Memoir in between Journeys* (2013) / *Un cierto aire sefardí* (2020); *Lucky Broken Girl* (2017) / *Mi buena mala suerte* (2022); *Everything I kept: poems =*



de resistencia, testimonio vivo, de una herencia que se rehúsa a desvanecerse entre las grietas del tiempo. Nacida en La Habana, Cuba, el 12 de noviembre de 1956, Behar, proviene de una familia de padre sefardí y madre askenazí, ambos nacidos también en Cuba, de inmigrantes turcos y rusos-polacos, respectivamente. En la obra de Behar la complejidad y la riqueza de la experiencia diaspórica constituyen un leitmotiv que ha explorado a través de la preservación de la historia familiar, su herencia cubana y judía askenazí y sefardita, así como la transmisión de imaginarios espaciales en los que la memoria de los lugares de origen de sus antepasados (Turquía, Polonia, Rusia), se entrelaza con la búsqueda de nuevos hogares (Cuba, Israel y Estados Unidos). La presencia de estos lugares se prolonga, además, en las pertenencias y los recuerdos que el exiliado lleva consigo. En Behar, la lengua forma parte de estas pertenencias, ya que tanto el yiddish y el ladino, como el inglés y el español, contribuyen a preservar y prolongar las memorias orales y escritas. De sus respuestas sobre la propia experiencia de la transmisión intergeneracional, se desprende una reflexión humana, generosa y sincera sobre la conciencia del exilio y la imagen del lugar de pertenencia.

Entrevista: la transmisión intergeneracional de un sentido de pertenencia

¿Cuáles y qué tipo de historias sobre (la ruta hacia) el lugar de origen le son transmitidas oralmente? ¿Quién o quiénes le contaron las historias y a qué generación pertenecen los «contadores» de historias? ¿Qué papel jugó el silencio en estas historias?

«A mí no me explicaban, eres esto, eres lo otro. Las historias estaban ahí, pero se transmitían de una forma muy informal. Yo era una niña y me interesaba mucho saber de los ancestros y me interesaba mucho la historia, entonces yo preguntaba y hablaba mucho con los cuatro abuelos, especialmente las dos abuelas, y entonces ellas me contaban. Realmente conozco mucho más de la tradición askenazí, porque la abuela materna, Esther, era una persona que reflexionaba mucho, leía mucho y yo me sentía muy cercana a ella. Hablábamos mucho de cómo había sido su vida en Polonia, del lugar donde ella vivía en Govorovo. Mi abuelo materno, el esposo de mi abuela materna, mi Zeide, era ruso y también contaba cosas de su familia en Rusia, como la de su padre, que tuvo una muerte terrible al caer del caballo en

Todo lo que guardé: poemas (2018); *Letters from Cuba* (2019) / *Cartas de Cuba* (2021); *Tía Fortuna's New Home* (2022) / *El nuevo hogar de Tía Fortuna* (2022); *Across so many seas* (2024, en prensa). Ha sido acreedora a diversos premios y reconocimientos entre los que destacan ser la primera latina en recibir la beca de la Fundación MacArthur (1988), la beca Guggenheim (1995), Premio Pura Belpré (2018), nombrada «Great Immigrant» por la Carnegie Corporation (2018), elegida miembro de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias (2021) y actualmente es Catedrática Victor Haim Perera de Antropología en la Universidad de Michigan en Ann Arbor. Dirigió el documental *Adio Kerida/Goodbye Dear Love: A Cuban Sephardic Journey* (2009).

el que iba montado. Ellos trabajaban la madera en Rusia y después las condiciones empeoraron. Una de las historias interesantes que me contaba mi abuelo materno es que él tenía que ir a Argentina porque allí vivía una hermana mayor que había emigrado a Buenos Aires. Él pensó que había comprado un pasaje a Buenos Aires, pero por alguna razón, el barco lo llevó a La Habana, y entonces dijo «— Pero yo pensaba que yo iba a Buenos Aires» y le dijeron «— No, está en La Habana, se puede bajar aquí o puede volver a Rusia»; y entonces se quedó en La Habana mientras su hermana lo esperaba en Buenos Aires. No se reunieron sino hasta muchos años después porque ninguno tenía dinero para hacer el viaje. En los años sesenta, mi familia tuvo que rehacer su vida en Estados Unidos y cuando ya mis abuelos habían terminado de trabajar en Nueva York y se retiraron a Miami, fueron a Buenos Aires y se reunieron los dos hermanos al fin. Yo tuve la suerte de viajar a Buenos Aires años después y conocí a algunos parientes de la familia de mi abuelo ruso que todavía están en Buenos Aires. En cuanto a la transmisión de historias también esto siempre me pareció un poco cómico, que él pensaba que iba a un lugar y terminó en otro y ahí conoció a mi abuela, o sea, la historia tampoco sigue una lógica muy clara, es la contingencia. Él tenía una ruta planificada pero la vida y el destino lo llevaron a otro lugar. ¡A lo mejor yo hubiera sido argentina!

Por parte de mi familia paterna, la parte sefaradí, realmente no sé tanto porque no me contaban tantas historias, lo que era misterioso, es que la abuela paterna, mi abuela Rebeca, se fue sola a Cuba. Según una historia que me han contado mi tía —la hermana de mi padre—, y una prima, parece que a mi abuela la mandaron a Cuba para que se casara con alguien que ya ellos habían arreglado. No sabemos



Postal de Silivri en Turquía, circa 1992.

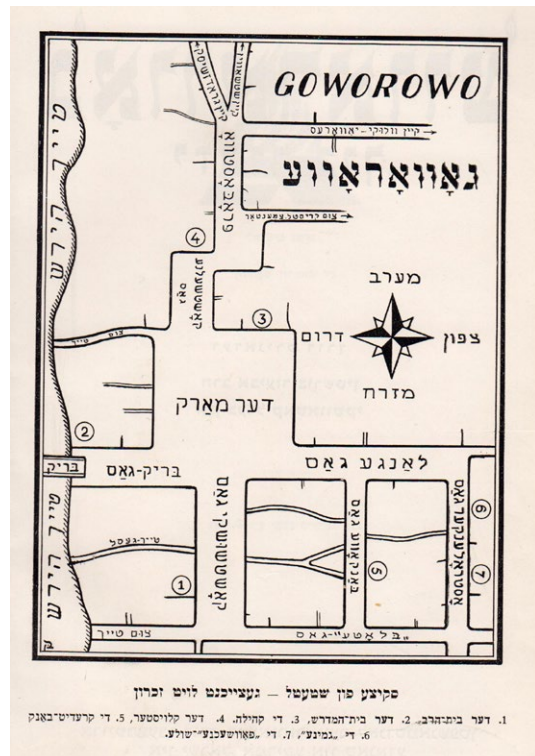
por qué la mandaron ahí en particular, ella era la mayor y sus otras dos hermanas y un hermano se quedaron en Turquía con los padres, en Silivri, un pueblo cerca de Estambul. No sabemos si la mandaron por alguna razón particular o si ella se quería ir. Mi tía Fanny, hermana de mi papá, cuenta que oyó que mi abuela Rebeca era muy bonita y tenían miedo de que los marineros que andaban en el puerto se la robaran o que algo le pasara.

Después de la Primera Guerra Mundial y con la caída del imperio Otomano, hubo un momento de mucho cambio y mucha inseguridad. Imagino que la enviaron a Cuba para que estuviera bien casada, porque hubo muchos emigrantes de Silivri que fueron a Cuba en los años veinte. Como yo era muy joven cuando mi abuela vivía, no le llegué a hacer todas las preguntas, pero, según una versión de la historia, cuando ella llega a Cuba, la persona con quien se tenía que casar ya se había casado con otra mujer, parece que ella tardó en llegar a Cuba, pero tenía un tío en La Habana y él fue quien la acogió. Otra historia es que ella tocaba el laúd y lo trajo con ella a Cuba, y ahí lo tocaba y cantaba. Parece que un día mientras estaba cantando, pasó mi abuelo caminando por enfrente del pasillo, y se enamoró de ella y se casaron. Mi papá se acuerda que había un laúd colgado de la pared en la casa donde ellos vivían en La Habana. Ahí vivían muy pobremente, muy cerca del puerto de La Habana en lo que se llama *un solar* en el español cubano, un lugar muy humilde donde el baño era compartido con varios vecinos. Y aunque era un lugar de pobreza, había un laúd colgado de la pared que mi abuela ya no tocaba pero que estaba ahí, esa historia sí la contaba la familia, la contaba mi padre, mi tía, así fue como me la transmitieron. De mi abuelo paterno tampoco sé mucho; él emigró con su mamá y con por lo menos una o dos hermanas y vivieron en La Habana también. Igualmente, no tenían muchos recursos. Ya después que mis abuelos paternos se casaron, un día mi abuelo volvió a la casa con un poco de carne que le habían regalado, pero no era *kósher* y cuando se la entrega a mi abuela, que era muy estricta en estas cosas, ella tomó el paquete de carne y lo tiró por el balcón a la calle. Mi abuelo estaba muy disgustado, pero parece que alguien lo recogió y estaba muy contento, pero ellos estuvieron muy disgustados. Ella prefería no comer nada de carne que comer carne que no fuera *kósher*. Otra historia que me transmitieron es que mi abuela paterna se carteaba mucho con las hermanas que se quedaron en Turquía, pero luego esas hermanas se mudaron a Israel y nunca fueron a Cuba. Cuando yo era niña, mis abuelos paternos fueron a Israel a reunirse con esas hermanas, que mi abuela no había visto por muchos años. En los años setenta, un poco antes de que muriera mi abuela, una de esas hermanas turcas fue a Nueva York a reunirse con mi abuela. Con estos contactos transnacionales, se fueron transmitiendo algunas de las historias y por supuesto las fiestas judías, como *Rosh Hashaná* –la fiesta del año nuevo– y los *Séder de Pésaj*.»

¿Cuáles son las historias transmitidas por escrito? ¿Cuáles son los textos que constituyen la «biblioteca familiar» a través de la cual se construye el imaginario del lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la transmisión de una imagen de dicho lugar?

«Uno de los textos más importantes que retrata la historia de la familia materna es el libro memorial, *Yizkor book*, sobre Govorovo, Polonia, que mi abuela materna, Esther, conservó. Este tipo de «libro memorial» se preparó por los sobrevivientes para todos los *shtetl* (antiguas comunidades judías) de Polonia o casi todos, después de la guerra. Ella tenía el libro para Govorovo en su casa, tanto en Nueva York como luego en Miami Beach cuando ella y mi abuelo se retiraron y se fueron a vivir allí. Entonces ella lo sacaba y me enseñaba el libro de Govorovo, casi todo estaba en yiddish, pero había una parte en inglés. En este libro estaban las fotos de personas de la familia nuestra que murieron en el Holocausto, la abuela de mi abuela, otros primos de mi abuela, y varias personas más. El libro tiene como pequeños memoriales de las personas, cómo se llamaban, quiénes eran. Pero el libro de Govorovo también incluye información sobre el pueblo, las costumbres, las historias e incluso las canciones. Era un libro muy importante para mí y yo lo heredé. Yo siempre dije que lo que yo más quería de mi abuela Esther era el libro de Govorovo.

También hay otro texto escrito de las memorias que mi bisabuelo, el padre de mi abuela materna, escribió cuando se reunió toda la familia otra vez en Cuba. La familia de mi bisabuelo, sus hijos y su esposa estaban esperando en Polonia hasta que los pudo traer. Los primeros en ir a Cuba fueron mi bisabuelo y luego mi abuela materna, Esther, hasta que pudieron reunir a la familia. Cuando estuvieron reunidos todos, escribió sus memorias a mano en yiddish en dos libretas



Mapa incluido en: *Govorovo Memorial Book*, editado por Rabbi Aviezer Burstin y Dov Kossovsky, publicado por the Govorover Societies in Israel, the United States of America and Canada, Tel Aviv, 1966.

que mi abuela tenía, las había tenido un hermano de ella, un tío abuelo mío, pero después ella las tenía prestadas y yo le insistí que ella guardara esas memorias y después también pasaron a mí. Mucho antes de que pasara a mí ese texto en yiddish, contraté un traductor que hizo la traducción al inglés y lo compartí con toda la familia para que todos tuvieran el texto. Yo tengo todavía el original en yiddish, las libretas las tengo bien guardadas y la traducción ya está con toda la familia. Era muy interesante ese texto porque no tenía nada que ver con Cuba. Mi bisabuelo no quiso escribir de su viaje como emigrante a Cuba, todo era sobre Polonia, sus primeros años en Polonia, su juventud, cómo estudió, el casamiento con mi bisabuela, como si nunca hubiera llegado a Cuba realmente. La memoria de él se quedó en Polonia.

De mi abuela materna, Esther, lo que tengo de ella son unas libretas con notas de sus clases que ella guardó porque fue la única de toda la familia, entre los adultos, que estudiaba inglés por la noche. Era una persona muy intelectual, trabajaba de día vendiendo telas y por la noche se iba a estudiar inglés porque quería perfeccionarlo y ella guardó unas libretas de estudio donde escribió sus notas y yo me quedé con eso también, todo lo que tuviera la letra de mi abuela materna, todo lo que pude recuperar lo tengo yo.»

¿Existe todavía alguna de las cartas que su abuela paterna se escribía con sus hermanas?

«No, ojalá, mira que lo he pedido. Incluso esas cartas se escribían en solitreo que es el alfabeto que usaban los judíos sefarditas. Es como un script, es el script del ladino y escribían en solitreo que es como un hebreo cursivo que se usaba y que ahora se está estudiando en programas de estudios sefarditas. Los están estudiando los jóvenes y lo están aprendiendo. Esas cartas las he pedido varias veces a mi tía paterna, Fanny, pero me dice que no se guardaron.»

¿Qué eventos, costumbres o rituales de la vida judía tales como platos tradicionales o celebraciones colectivas se asocian en su familia al imaginario de la casa?

«Celebramos *Rosh Hashaná*, la fiesta del año nuevo, que en Estados Unidos generalmente se celebra en dos días. Un día era con los abuelos maternos y otro con los abuelos paternos. Yo veía las diferencias en la comida, en lo que se servía y en las tradiciones, igual en los *Séder de Pésaj*. La familia materna, askenazí, tenía toda una serie de comidas clásicas como el *gefílte fish* y la sopa de *matzo ball*. Y la familia paterna, sefaradí, preparaba comidas completamente diferente: tomates rellenos con arroz y con piñones, sopa de limón, que se llamaba *agristada*, y *tishipishti* para el postre, o sea, platos de la cocina sefaradí turca.

Desde muy pequeña veía ya esas diferencias. También veía las diferencias en cuanto a la mujer, en cuanto al género, porque la abuela materna, Esther, trabajaba en Cuba en la tienda de telas que ellos tenían y luego trabajaba también en Nueva York y era totalmente normal para ella que una mujer trabajara en la calle. Pero

para la familia paterna turca sefardí era completamente diferente, la otra abuela se quedaba en casa y no salía; incluso mi abuelo paterno hacía los mandados, compraba la comida, ella no salía de la casa, como que eso era la tradición más bien turca sefardí. Incluso mi mamá no trabajó sino hasta que yo me fui a la universidad porque mi padre no se lo permitía. Mantenía esa tradición sefardí que la mujer está en la casa y no sale a la calle, lo que era muy difícil para mi mamá porque ellos incluso discutían sobre esto porque él decía que mi mamá es muy callejera, a ella le gusta estar en la calle, y a mi padre no le gustaba que ella saliera a la calle, con él sí, pero que ella saliera a la calle eso era ser callejera. Ya después de mucho tiempo entendí que él estaba manteniendo ciertas tradiciones patriarcales que para él eran muy normales, fue lo que le transmitieron a él, pero era muy diferente en los Estados Unidos y especialmente en toda la época que empezaba el feminismo en los años 60 y 70. Todos esos cambios me afectaron mucho a mí y eso a él le parecía terrible y siempre decía «que estás echando a perder a tu madre, que ella era una mujer tan buena y tan dócil y tú la estás echando a perder con esas ideas feministas». Así que también el tema del género siempre me pareció interesante porque veía ese contraste entre las dos abuelas y cómo cada una hacía su vida, una vida tan diferente, creo que se me transmitieron muchas cosas.

Luego, además de todas estas tradiciones judías, estaban las tradiciones cubanas y lo que se transmitía en cuanto a Cuba, las memorias de Cuba, la nostalgia por Cuba, cómo se establecieron allá, cómo los veían a ellos, como que ellos se volvieron más cubanos en Estados Unidos de lo que a lo mejor eran en Cuba. Cuando ellos hablaban, enseguida se les notaba el acento latino, entonces siempre era «bueno, somos cubanos»; los veían como cubanos, entonces esa identidad era muy importante y mi mamá la mantenía también a través de la comida, hacer comidas cubanas, arroz, frijoles negros, plátanos fritos y yuca y picadillo, todos esos platos que son muy cubanos; eso era lo que comíamos en casa siempre, la comida judía era más bien para las fiestas judías, pero en la vida diaria era cubana y era ir al restaurante cubano los fines de semana para reunirse con otras familias cubanas, casi todas judías. Como ellos tenían estas amistades que eran cubanas y judías también eso me dio a entender ya de muy joven de que existía esta comunidad, que existía la posibilidad de tener una identidad híbrida de judía y cubana porque no éramos los únicos, sino que había otras familias, otras parejas con niños, igual que ellos, que mantenían tradiciones muy parecidas. Nosotros siempre éramos diferentes porque las amistades de ellos eran todos judíos cubanos askenazí y nosotros teníamos la mezcla de los sefardí con los askenazí. Pero curiosamente, mi padre no quería vivir en Brooklyn donde estaban todos los sefaraditas cubanos. A él no le gustó ese barrio donde vivían ellos en Canarsie. Vivíamos en Queens, en otro barrio que era askenazí. Es donde él prefería vivir y que estuvo muy bien para mi mamá porque la familia de ella se fue a vivir allá.»

¿Hay canciones, piezas de música, melodías fragmentarias cuyo sonido o letra contribuye a la transmisión del imaginario del lugar de origen?

«A mí me encanta la música en general, y la canción *Adio kerida*, del siglo 19, se escuchaba mucho y es la que usé como inspiración para mi documental porque tiene que ver con las despedidas y es una canción muy especial. Mi papá piensa que mi abuela paterna la cantó con su laúd. Yo creo que la música se recuperó después en la memoria y escuchando diferentes versiones de las canciones grabadas por artistas sefaraditas y españoles. Pero hay otras que son más bien como canciones de cuna, como *Durme durme*, creo que esa es muy probable que se cantó en algún momento cuando mi papá era niño.

Luego están también las canciones de cuna cubanas o latinoamericanas que me cantaba mi mamá y yo también se las canté a mi hijo, como una muy sencilla que es «esta niña linda que nació de día quiere que la lleven a la dulcería» (entona la canción). Esas yo sé que se cantaban mucho, pero no las sefaraditas. Tengo la sensación de que de cierta manera fuimos reinventando la tradición. Esas [las canciones sefaraditas] no me las cantarían mi mamá porque mi mamá no es sefaradita y mi papá no se iba a poner a cantar una canción. Cuando era joven [él] no me cuidaba a mí porque era muy patriarcal y eso era la responsabilidad de las mujeres, no de los hombres, así que no creo que él me hubiera cantado. Y mi abuela paterna, como no estaba tan cerca de ella, no tuve esa experiencia de que ella me cantara. Pero sí [tuve] ese mito de que había un laúd y que incluso, según me contaron, había una estación de radio en Cuba que tocaba canciones sefaraditas, así que bueno, algo se mantuvo. Ahora hay muchas tradiciones y herencias culturales que años después se quieren recuperar para que no se pierdan.

También está toda la música de boleros cubanos de músicos tan clásicos como Benny Moré (*Cómo fue*) que son canciones de los años 50. Yo heredé muchas canciones de la época de mis padres y ellos las escuchaban en casa, también la música de Celia Cruz, o sea mucha música así cubana, de salsa y mambo, pero también boleros. Realmente las canciones en ladino no las escuchábamos en casa, las fui recuperando después. Mi papá también curiosamente se fue interesando más en el tema sefaradí cuando ya era mayor, él tiene 87 años ahora, y ya después de que se retiró, empezó por interesarse y él está aprendiendo ladino y le gusta escuchar estas canciones sefaraditas. Tiene una gran colección de canciones y como que se interesó mucho en su herencia ya cuando tenían tiempo de enfocarse en eso y no tenía que trabajar y ganar dinero para mantener la familia, mantener la casa; ya al fin tuvo tiempo de pensar en su herencia. También yo estudié violín y guitarra clásica española, siempre me gustó mucho la música española, el flamenco, esa música siempre la tenía muy presente. De joven me gustaba la música clásica; eso era una cosa mía, porque a mi familia no le interesaba. Pero lo que es la música para bailar, la música cubana, como el son o el son montuno, toda esa música me encanta y me encanta

bailar con esa música. También la música del tango, sus canciones –la melancolía del tango para mí se parece mucho a la melancolía de la música sefaradí– me encantan. Yo hasta hace 2 años bailaba mucho tango (por la pandemia hace dos años que no bailo); ahora no sé si volveré a bailar el tango, pero es una música que también me gusta mucho. A lo mejor son esas raíces porteñas, esas raíces que no tuve... pero el tango, se me quedó el tango.»

¿En su casa hay objetos que la reenvían al lugar de origen? ¿Cómo contribuyen a la construcción del imaginario del lugar de origen?

«El abuelo materno, el abuelo ruso, como muchos de estos hombres que llegaban a Cuba, trabajó en el ferrocarril en Cuba y entonces él tenía la tarjeta de identificación que decía que él era ahí un peón que trabajaba en la línea de ferrocarril, y eso a él le daba tremendo orgullo. No sé por qué, si es porque fue un trabajo duro y lo pudo hacer, pero fue un documento importante para él. A mí me interesan mucho los artefactos del pasado y todas estas cosas, incluso recetas que mi abuela escribía en un papelito, como una receta de *gefilte fish* o una receta de *blintzes* (parecidas a las empanadas, rellenas de queso), platos de la cocina judía. Algunos de esos papelitos también los pude recuperar y los tengo todos. Eso me fascina muchísimo, ver la letra de ella, tenía la letra tan bonita, tan elegante, tan clara, esos documentos sí los tengo. Y muchas fotos también pasaron a mí, que era lo que yo más quería, las fotos, los libros, los documentos. Incluso, tengo un vestido, porque también me interesa la ropa, especialmente de las mujeres, y tengo un vestido que usó mi abuela en la fiesta que le hicimos a ella y a mi abuelo por sus 50 años; es un vestido de chifón, medio claro, medio verde y por alguna razón yo quise quedarme con ese vestido. Igual tengo de mi mamá, esto es *muy* interesante, no sé si ya les conté que la señora que me cuidó de niña en Cuba, la señora Caro, ella guardó unos



Capa del ropón de la luna de miel de la madre de Ruth.

ropones largos que mi mamá usó en su luna de miel, pero los dejó en Cuba cuando nos fuimos porque no podía llevarse todo con ella. Tuvo tres ropones, dejó dos y se llevó uno, y los dos que quedaron los guardó la señora Caro que me cuidaba a mí y a mi hermano de niños, porque ella se quedó unos meses con nuestro apartamento; después el gobierno se lo quitó y ella se tuvo que mudar rápidamente y decidió guardar los ropones de mi mamá de su luna de miel. Eso es el tema de una novela que escribí y la tengo engavetada, pero estoy ahora determinada de volver a recuperar esa novela de los ropones.

Me interesa en cuanto a la transmisión de la ropa y especialmente esta ropa íntima de mujeres, porque eran, *son*, unos ropones de encaje y de una tela muy finita. Porque son de la luna de miel son objetos eróticos. Me fascinó mucho. Caro me los dio a mí para que se los entregara a mi mamá, y cuando se los enseñé, [dijo] «¡ay, mira lo que me guardó!». Después yo le pedí si me los podía regalar y me dijo que sí, entonces yo los tengo. Es otra cosa que me fascina, que a veces las mujeres no dejan documentos escritos ¿verdad?, porque no tienen la educación que nosotras tenemos ahora en nuestra generación. Antes no tenían la posibilidad de escribir, pero en la ropa está escondida toda la historia. Solamente ver esos ropones, e imaginar a mi mamá con veinte años, casada en Cuba, en una luna de miel en la playa, usando esta ropa, ¡me pareció tan interesante! Yo escribí unos ensayos sobre ese tema de los ropones². Pero el sueño, mi sueño, es la novela. Estoy ilusionada, voy a tener un sabático este semestre que viene, entonces tengo ese sueño de volver a esa novela, de ver por qué me pareció mala y ver si al fin la puedo recuperar.»

¿Podremos decir que, al no tener acceso a la escritura, los tejidos de las mujeres conforman la «biblioteca» de las mujeres de la familia?

«Me encanta cómo lo has puesto. Me encanta esa idea. Asimismo, esa era la biblioteca de las mujeres, la ropa, los tejidos de estos ropones que heredé, que incluso están hechos del encaje que vendían los abuelos maternos en Cuba. Ellos tenían esta pequeña tienda en la Calle Aguacate, entonces, los ropones que ella usó en la luna de miel eran los que ellos mismos vendían en la tienda. Me encanta esa idea de que existe este «archivo» de elementos muy femeninos, de una forma clásica, ya sea un vestido que la abuela usó para sus cincuenta años de su aniversario de casamiento a algo tan femenino y que para mi mamá sean estos ropones, que son transparentes con sus elementos muy eróticos. Además, lo que me parece interesante con los ropones especialmente, es que eran de una época en que todo se hacía a mano, no ibas a una tienda, no ibas a un Victoria's Secret a comprar algo erótico, sino que se

2. El ensayo al que refiere es: Ruth Behar, «Honeymoon Nightgowns That A Black Woman Saved for a White Woman: A Perilous Journey into the Cuban Historical Imagination». *American Studies*, Vol. 41, No. 2/3, (Summer/Fall, 2000), pp. 287-302.

hacían a mano. O sea que tenías costureras, esto me encanta y es parte de lo que cuenta esta novela que está engavetada. Los ropones fueron hechos a la medida de mi mamá porque tenía costurera, entonces cuando veo sus ropones, veo el cuerpo de mi mamá, porque son pequeñísimos, ella pesaba como 100 libras y es muy pequeñita, muy bajita, ahora mide menos de cinco pies, en esa época a lo mejor medía cinco pies y una pulgada o algo así, entonces al ver los ropones como que sientes que ahí estuvo su cuerpo. No es que esté hecha precisamente a la medida toda la ropa de los años 50 en esa época en Cuba. Pero era muy caro comprarla en la tienda y entonces copiaban los estilos y la hacían las costureras. Eso siempre me fascinó, me encanta que hay costureras que te pueden medir y te hacen la ropa. Entonces sí creo que es otra manera de ver la biblioteca y lo que se hereda. He heredado ciertos libros y textos, pero también he heredado esta ropa de las mujeres de la familia. No tengo nada de los hombres, creo que a lo mejor tengo un pañuelo del abuelo materno, pero de los abuelos paternos no tengo ropa, nada, porque como que todo desapareció. Yo, además, tristemente no estuve cuando murió mi abuela paterna, la abuela Rebeca. Estaba en España haciendo mi trabajo de campo y la noticia me llegó tarde; en esa época no había ni teléfono en ese pueblo, entonces no me llegó el mensaje a tiempo. No fui al entierro de esa abuela, entonces no pude recuperar algo que fuera de ella para tenerlo de recuerdo. Lo que tengo son las historias misteriosas y una relación muy cercana con la tía Fanny, que es la hija menor de los abuelos paternos y vive en Miami y me cuenta muchas cosas. La tía Fortuna, de mi libro para niños, *El nuevo hogar de Tía Fortuna*, está inspirada por la tía Fanny. Ella misma me dio un ropón, ahora estoy recordando, eso se puede ver en el documental *Adio kerida*, el ropón por cierto era de su mamá, mi abuela Rebeca, y tiene el nombre «Fanny», porque la mamá de la abuela Rebeca, la bisabuela, se llamaba Fanny. Entonces, ese ropón se lo dieron a ella, a mi abuela Rebeca, antes de que se fuera de Turquía. Y ella se lo dio a Fanny y Fanny me lo dio a mí, así que tengo ese ropón de la abuela. Ahora me acordé que lo tengo guardado, ¡así que, bueno, un poco más de ropa en la biblioteca!

Ya que estamos haciendo este catálogo, tengo un anillo, fue un diente de oro de mi bisabuela materna, Hanna. En algún momento ese diente no sé, se lo sacó y se puso otro y lo derritieron e hicieron un anillo y tiene mis iniciales RB en letras hebreas. Llevo este anillo desde los cuatro años, no sé cómo me sirve, lo llevo en el mismo dedo. Seguro que, si me pongo a pensar, ahí hay otras cosas más. Mi mamá guardó por cierto una ropa que era mía de recién nacida, bastante gastada, pero muy bonita, bordada de lino o de un algodón muy suave. No sé cómo viajaron ciertas cosas con nosotros. O sea, a pesar de todas las dificultades y emigraciones, a veces muy de repente, como la de Cuba que fue una emigración bastante de repente: Pasó la invasión de Playa Girón en Cuba en el año 61 y eso fue del 17 al 19 de abril y nosotros nos fuimos de Cuba como dos semanas después, porque mi papá tuvo una experiencia mala y se quería ir. Había, creo, dos aviones que estaban llevando a judíos a Israel y no

sé cómo mis padres se pusieron en esa lista y nos fuimos corriendo. O sea, fue todo muy rápido, pero de alguna manera pudieron organizarse y llevar algunas cosas de valor sentimental que viajaron con nosotros. Mi mamá también conservó, por cierto, escribí hace poco un ensayo sobre esto³, el uniforme que yo usé brevemente en el colegio judío al que asistía en La Habana antes de irnos. Era un uniforme azul con una estrella judía bordada en el uniforme. Y es curioso, lo tuvo guardado mucho tiempo mi mamá y me lo enseñó hace poco y entonces ahora lo tengo en casa también. Me mandó al mismo colegio donde ella asistió, y la enseñanza era en español y yiddish; ése era el colegio al que yo hubiera asistido si no hubiera existido Fidel Castro.»



Uniforme del Colegio Hebreo Autónomo de La Habana, usado por Ruth brevemente antes de su salida de Cuba de niña.

¿En su familia hay otras maneras de construir o mantener de generación en generación vivo el imaginario del lugar de origen?

«Era la mayor de los nietos por parte de mis abuelos maternos, y como que creo que muchas cosas se me transmitieron a mí porque era la mayor, entonces estaba muy cerca de mis abuelos y además me interesaba. Yo hacía las preguntas y me gustaba mucho estar con ellos. Hubiera estado más con los abuelos paternos, pero no los llegué a conocer tan bien porque mi papá tampoco tenía una relación tan cercana con ellos. Estaban más lejos, en Brooklyn, y nosotros en Queens. Pero también recuerdo que la abuela sefaradí, ella me llamaba Rutica, que era la forma sefaradí de decir mi nombre; se añade el «ico», la «ica», se dice Jacobico, Albertico, entonces ella me decía Rutica. Ciertas cosas así también como que se me quedaron de cada abuelo. Y cada uno tenía un español también un poco diferente: el español de los

3. El ensayo al que se refiere es: Ruth Behar, «The Girl In The Blue School Uniform», *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues*, Number 39, Fall 5782/2021, pp. 159-165.

abuelos maternos tenía un sonido yiddish, el español de los abuelos paternos tenía el sonido del ladino y mis padres, que hablan un español muy cubano de los años 50. Claro, el español cubano ha evolucionado y cambiado, el español callejero ha cambiado, pero ellos hablan en español muy cubano y mi español es toda una mezcla, porque viví varios años en España, varios años en México, he vuelto a Cuba y soy muy norteamericana también, entonces, bueno, mi español es una gran una gran mezcla.»

Mencionó anteriormente las traducciones del yiddish y el ladino para transmitir el recuerdo, la memoria familiar. ¿Cómo ha sido esta ruta de regreso al lugar de origen a través del lenguaje?

«Me encantaría aprender, pero no sé si me va a dar tiempo de aprender el yiddish con los años que me quedan, pero sí me atrae mucho, y el ladino a lo mejor más todavía, porque es más cercano al español, se me hace un poquito más fácil y siempre me fascinó que el español, es parte de mi tradición por dos direcciones: por la herencia sefardí y por la herencia cubana. O sea que, aunque no fuera cubana, ya con la herencia sefardí, el español sería parte de mi tradición, eso siempre me fascinó mucho. Y el ladino, claro, es más fácil porque se parece más al español, aunque también uno se puede confundir porque hay muchas cosas que uno piensa que deberían ser de cierta manera porque hablas español, pero realmente no son así porque el ladino es otro idioma. Ahora estoy fascinada con todo el interés que hay en recuperar el ladino y asisto a muchos eventos sefarditas tanto virtualmente como en persona. Siempre cuando estoy en un ambiente sefardí cubano o sefardí, generalmente me siento muy bien y muy a gusto. Tengo el sueño de tratar de escribir unos poemas en ladino, o sea, escribirlos en español, inglés y en ladino. Tengo este libro bilingüe, *Everything I kept/ Todo lo que guardé*, y tiene que ver con lo que se guarda lo que se pierde. Tengo un sueño por ahí en mi mente, de tratar de escribir una colección de poemas que fueran en español, inglés y ladino. Tengo un poema que se llama *Rezo*⁴, y Rachel Bortnick, que es muy activa en toda la cultura sefardí lo tradujo al ladino, y me gustó mucho cómo quedó. Eso es algo que me gustaría. El escritor sefardí Marcel Cohen, escribió un libro bello en francés y en ladino, y me pareció precioso. Es como un ensayo largo, me encantó ese formato y quisiera hacer algo así, con poemas. Tengo algunos poemas sefarditas, que tienen que ver con los abuelos, otro con mi padre, así que vamos a ver si con esos tres ya puedo inspirarme y escribir otros.»

4. En *Everything I kept. Todo lo que guardé*, el poema aparece tanto en inglés «Prayer», como en español «Rezo».

En la construcción/recuperación del lugar de origen ¿se reflejaron los saltos geográficos en la cocina?

«Sí, sí, mis abuelas modificaban las recetas constantemente. Y también mi mamá que le gusta hacer la comida cubana, siempre la ha modificado. Por ejemplo, para que los tamales no tuvieran carne de puerco, que no la comen en casa, los hacía con pollo. O buscar hacer el picadillo –que es con carne de res– pero que la carne fuera *kósher*. Ella siempre lo fue modificando de esa forma, porque mi papá, especialmente, no permite carne que no sea *kósher* en la casa. Ellos, como muchos judíos, también se adaptaban por ejemplo a comer cosas que no fueron *kósher*, y las comían en los restaurantes. O sea, si se comen en un restaurante un sándwich cubano –que por cierto tiene jamón–, «bueno está bien porque no lo estamos comiendo en casa, lo estamos comiendo en la calle». La calle es otro lugar, pero en la casa lo mantenemos con la limpieza del judaísmo; fuera de la casa, «bueno, vamos a probar y ver el sabor de esta carne». Entonces así me criaron a mí, como que había una ley para la casa y otra ley para la calle. En la calle uno podía ser un poquito más «suelto», dejar un poco las normas de las reglas judías, que son a veces tan estrictas y un poco difíciles de llevar en ciertos lugares; no es tan difícil en ciudades como Nueva York o Miami, hay muchos restaurantes *kósher* y tienes más posibilidades, pero generalmente no hay esa posibilidad y tienes que adaptarte. Me acuerdo que íbamos mucho a un restaurante chino-cubano y nosotros, más o menos, comíamos cualquier cosa, pero mis padres tenían amigos que eran más religiosos y lo que pedían siempre, –me acuerdo porque mi mamá lo hizo hace poco ahora cuando estuvimos en Nueva York–, era una tortilla de plátano frito que se come mucho, que es muy rica y muy especial, entonces ellos buscaban la forma de adaptarse, de aceptar lo cubano pero hasta cierto punto. Luego, las otras tradiciones se mantuvieron bastante bien. Creo que en La Habana, en la época antes de la revolución, se conseguían muchas cosas de la cocina judía porque había muchos norteamericanos que vivían en La Habana en esa época, incluso hubo un restaurant que se llamaba *Moshe Pipik*, que existió en La Habana y ahí tenían comida americana *kósher* y carnicerías, así que ellos lo conseguían. No sé si era igual con los comercios de productos turcos, pero me imagino que también se conseguían.»

¿Cómo interactúan el espacio de su país de acogida y el espacio del origen ancestral, en la construcción de un sentido de pertenencia? ¿Cómo se relacionan la imagen de (la ruta a) la Tierra Santa y la imagen del retorno al país de origen ancestral?

«¡Eso es tan interesante! La comunidad a la que yo pertenezco es una comunidad que vivió una doble diáspora, o sea una diáspora de Europa a Cuba y luego de Cuba a los Estados Unidos. Ellos tenían la idea de que se iban a quedar en Cuba siempre, lo que fue un desengaño realmente porque formaron parte de una comunidad que en los años cincuenta estaba creando una sinagoga enorme, un centro judío, realmente un centro para toda la comunidad judía en La Habana.



Ruth Behar a los 4 años y en 2001. Puerta del Patronato de la Casa de la Comunidad Hebrea de Cuba. Sinagoga Beth Shalom, La Habana, Cuba.

Empiezan a construirlo en 1953 y lo terminan en 1955, y la revolución llega en el 59. Incluso en esa época la comunidad judía está expandiendo el cementerio judío en las afueras de La Habana, pensando «bueno, vamos a estar aquí muchos años, va a hacer falta más espacio en el cementerio». O sea que estaban pensando hasta de esa forma, y creo que eso es lo que es tan triste y tan terrible de esta comunidad que sufrió esa doble diáspora. Dos rupturas, dos pérdidas de hogares. Perdieron Polonia, Rusia, Turquía, entre varios países. Países a los que nunca volvieron. Después de la guerra era imposible volver. Perdieron esos lugares y lo que nunca esperaron fue que luego perdieron Cuba, esa isla que era como el paraíso tropical que habían encontrado. Tenían una vida muy bonita, según me contaban ellos, que tuvieron que dejar y luego volver a empezar de nuevo. A empezar de nada, con nada. Imaginarse cómo era dejar las casas, los apartamentos, todo lo que tenían en Cuba... porque a los que emigraron, los que se fueron en esa época solo se les permitía una maleta. Tenían que llevar todo lo que querían en una maleta y les quitaban muchas cosas en el aeropuerto, joyería y cosas que llevaban para poder vender y tener dinero, todo eso se los quitaban en el aeropuerto. Lo que más se llevaban de Cuba eran las fotografías, las fotos, los álbumes de foto, eso era lo que las mujeres se llevaban. Llenaban las maletas con las fotos para guardar los recuerdos. En cuanto a la transmisión, esas fotos también para mí fueron muy importantes. Siempre en estas fotos, casi todas en blanco y negro, ahí veía yo esta vida en Cuba que tuvieron, que yo no me acordaba porque yo tenía cuatro años y medio cuando nos fuimos. Nos fuimos

primero a Israel por un año y después de Israel, a Nueva York. Entonces yo no me acordaba, pero veía las fotos y veía a mi mamá, mi papá, a los abuelos, los tíos abuelos, todos tan contentos en Cuba, con unas caras de tanta felicidad y todo eso en blanco y negro. Lo que tenía yo eran memorias en blanco y negro, no en color. Estas fotos eran otra ruptura, pero también era volver a crear los lugares perdidos en la memoria. Al igual que mi abuela recreaba Polonia en su memoria a través del libro memorial que tenía de Govorovo, yo recreaba las memorias de Cuba, aunque no tenía memorias propias, eran memorias heredadas, a través de estas fotografías. Cada una de nosotras tenía una forma de «texto» para recordarse, sea en fotos o en palabras.

Tuve el interés de viajar a Polonia y fui una vez a ver cómo eran Govorovo y Varsovia. No he llegado a ir a Rusia, hasta ahora no he ido. También fui una vez a Turquía a ver Silivri, a conocer el lugar donde vivieron los abuelos paternos. Sentía una conexión con esos lugares, aunque también ya era una conexión muy lejana. Pero con Cuba había mucha más conexión, se hablaba de Cuba, se hablaba en español, se contaban historias de Cuba y yo también empecé a estudiar y leer sobre Cuba y sentía una necesidad de ir y conocer el lugar que les dio refugio, porque en la época de los años 20 y 30, los Estados Unidos no los querían por el sistema de cuota que tenían. Por eso yo sentía un amor por Cuba y quería que ese lugar fuera parte de mi vida, mucho más que Polonia o Turquía o incluso Israel. Tengo una relación compleja con Israel por la cuestión palestina, pero sí he ido varias veces y ahí tenemos familia askenazí en un kibutz y tenemos familia sefaradí también en Tel Aviv y es muy bonito estar con ellos porque hablan en ladino. Es donde puedo realmente escuchar el ladino y ver cómo sería vivir una vida en ese idioma. Solamente con esos primos de mi papá he tenido la posibilidad de convivir con personas que, además del hebreo, hablan el ladino en su vida diaria. Desde Turquía se llevaron el ladino a Israel. Son muchas, muchas rutas de diferentes lugares. Y, bueno, las rutas me llevaron a Estados Unidos, a Nueva York y a Miami, porque la familia se dividió. Emigramos todos a Nueva York, pero después de unos cuantos años, diez años más o menos, una parte de la familia se fue a Miami, ya no querían estar en Nueva York, veían más posibilidades en Miami, mejor clima, y la mitad de la familia se mudó a Miami. La otra mitad se quedó en Nueva York. Y después yo, siendo profesora y académica, me voy a Michigan porque me ofrecen una beca postdoctoral. Voy allá con la idea de que no voy a estar más de tres años, pero después me ofrecen un trabajo y me quedo en Michigan por más de 30 años. Jamás pensé que me pasaría, que me arraigara tanto, pero bueno, ahí he estado y desde ahí he creado todas estas historias y he escrito mis libros.»

Si volvemos sobre la reconstrucción del espacio de origen ancestral y la reconstrucción de la Tierra Santa, ¿la describiría como tensión o como complementariedad de ambas tierras-hogares de origen?

«Lo tengo que pensar más. Yo creo que Israel siempre ha sido un lugar muy complicado para mí. La familia materna, especialmente la abuela materna, tenía una relación muy cercana con Israel. Los bisabuelos, los padres de mi abuela materna, emigraron a principios de los 50 de Cuba a Israel, cuando ya existía el estado de Israel. Ya no querían estar en Cuba. «Nos pertenece estar en Israel» decían, y se fueron. Después de la revolución cubana, en los años 60, la familia pensó reestablecerse en Israel. A mí siempre me pareció interesante que, a lo mejor hubiera sido cubana, viviendo en Cuba; a lo mejor hubiera sido israelita, viviendo en Israel, pero llegué a ser norteamericana. Cuando salimos de Cuba, fuimos a Israel y estuvimos un año en un kibutz, porque mi abuela Esther tenía un hermano que era muy sionista y ayudó a crear un kibutz latinoamericano. Se llama *Kibutz Gaash*, cerca de Tel Aviv, donde todos los que viven ahí son de origen latinoamericano y hablan español. Son cubanos, mexicanos, argentinos y fueron tres fundadores, tres hombres, uno de cada país, fue un fundador de este kibutz. Entonces teníamos este tío, teníamos esta familia, este tío tuvo cuatro hijas con su esposa, que todavía vive en el kibutz y tiene 90 y tantos años. He ido al kibutz varias veces de visita; fui de joven y después ya fui casada y llevé a mi hijo. Tengo esa relación y otra familia también, ya de parte de mi abuelo materno, y está la familia turca, que son super cariñosos e ingeniosos, muy espléndidos y con una vitalidad enorme. Siento esos vínculos también con personas que yo conocí en Cuba y que entrevisté para mi documental y para mi libro, *Una isla llamada hogar*. Ahora ellos viven en Israel y he ido a visitarlos y a entrevistarlos y ver cómo ellos están viviendo allá. Así que tengo todos estos vínculos, pero cuando fui a Israel muy joven, con 16 años, que fue la primera vez que fui sola, me dio la impresión de que no me hubiera gustado vivir allá. Cómo que me alegré de que no me crié en Israel, vi la vida allá muy difícil, la militarización con la que viven ellos para proteger las fronteras de Israel, me pareció una vida tan difícil y tan compleja y me sentí muy ambivalente sinceramente. Pero a la misma vez, entiendo que tengo unos vínculos muy fuertes y que de la misma manera en que digo que Cuba salvó a mi familia, Israel también nos salvó a nosotros cuando nos fuimos de Cuba. Mi familia y mis padres se sintieron desesperados y no tenían la forma de emigrar a Estados Unidos porque no tenían pasaportes; ellos nunca habían salido de Cuba y la embajada norteamericana había cerrado y ya no había forma de viajar directamente a Estados Unidos. Entonces Israel nos recogió, y debo darle ese mismo agradecimiento a Israel. Me he sentido cómoda allá, con la familia de los dos lados, pero un poco más con la familia sefaradí, como que siento más cariño de parte de ellos. No sé si es otra característica, otra personalidad, no sé, los sefaraditas a lo mejor se parecen más a los cubanos, como que tienen más

vitalidad, me sentí muy cómoda con ellos. Pero siento que no es un lugar donde yo me sentiría totalmente cómoda. También es muy difícil ver la división de clases sociales entre judíos. O sea, ver a los judíos que tienen dificultades económicas, que son más pobres y los judíos que están con más posibilidades, más recursos. Toda la división que existe entre los judíos askenazí, los sefaradí, los mizraji, la sentí mucho y es una de las razones por la cual no nos quedamos a vivir allá, porque mi papá no se sentía totalmente cómodo en Israel. En una cultura tan fuerte askenazí, ellos son los que tienen más poder en la economía y creo que no tenía la forma de expresarlo cuando fui con los 16 años, pero sentí una sensación de que yo no estaría contenta ahí. Aunque también tengo allá colegas super amables y que admiro mucho. Fui a un encuentro de antropólogos en Jerusalén que fue muy bonito. He tenido experiencias muy positivas allá, hay gente que ha sido muy hospitalaria conmigo. Tengo amigas que decidieron emigrar a Israel que tomaron esa decisión de dejar la Academia Norteamericana e ir a Israel. Entonces, de cierta manera, sí me podría imaginar allá, pero creo que todo el problema del conflicto con los palestinos y ver a tanta gente joven con armas me pareció chocante. Pero es el hogar de los judíos, es el hogar que tenemos, y creo que hay que buscar otra forma de compartir ese hogar con los palestinos y muchas otras personas de diferentes nacionalidades y culturas que viven en Israel. En otra época fue importante que fuera un país judío, que lo construyéramos de esa forma, pero ahora ya sabemos que también desplazaron a los palestinos para crear este país. Creo que muchos de los judíos –la mayoría–, no entendía realmente lo que estaba pasando. Se les vendió un mito de que ellos iban a un desierto donde no había gente. Habían sufrido por el Holocausto y tantas cosas terribles y les hacía falta un hogar. Toda esa historia es tan compleja y hay que recordarla siempre, pero, a la misma vez, estamos ahora en otros tiempos. Tengo que decir que me duele mucho cuando veo un antisemitismo muy «de hábito». El término que se usa ahora, *settler colonialism*, para hablar de Israel, cuando oigo ese término salir de la boca de personas que yo admiro, me duele mucho, porque no creo que ésa es la mejor manera de definir por qué existe el Estado de Israel. Creo que es mucho más complejo, no creo que sea toda la historia. Hay unas raíces muy antiguas. Creo que es muy complicado ser judío en estos tiempos; todo lo que se legitimó con la historia del Holocausto se está viendo ahora como algo de un pasado muy lejano. Ya quedan muy pocos sobrevivientes y hay tanta gente, lamentablemente, que niega esa historia. Estamos en un momento muy difícil, donde se podría perder esa memoria.»

¿Cómo se concibe y dónde podemos situar, en su mapa imaginario, “su hogar”?

«Es un mapa medio raro el mío, además, como digo en mi libro *The Vulnerable Observer*, yo soy muy mala con los mapas porque siempre me pierdo. No soy muy amiga de los mapas porque soy muy mala leyéndolos, pero creo que lo que escribí al



Casa de Ruth en Michigan.

final de la introducción es algo así: «If you don't mind going places without a map, follow me», «si no te importa ir a lugares sin un mapa, entonces sígueme», así soy yo, soy una persona que me pierdo en cualquier lugar, igual me pierdo a tres cuadras de mi casa como me pierdo en un lugar que no conozco. El mapa mío tendría muchos lugares, tendría por supuesto a Michigan, aunque siempre he pensado que el cuerpo está ahí, pero la mente está en otras partes, el corazón está en otras partes, pero también es un lugar que me ha recibido, me ha permitido hacer mi trabajo, Ann Arbor, es esa ciudad donde he vivido rodeada de muchos árboles.

Pero también incluiría Nueva York y Miami por la familia, son lugares a los que voy mucho, tengo muchas amistades en Miami también, y por supuesto, La Habana. La Habana siempre será un eje muy importante para mí, tengo cierto orgullo de haber nacido ahí en una ciudad tan bella como es La Habana, una ciudad tan especial, este centro metropolitano rodeado del mar. Cada vez que estoy en La Habana siento una sensación muy mágica al estar allá, aunque la política de Cuba me asusta mucho, estoy allá como en cierta sensación de magia, pero también con miedo de que a lo mejor voy a decir algo incorrecto y me llevarán presa, o sea que estoy con miedo y estoy con magia, pero cada vez que he estado ahí, han sido momentos muy especiales. Esos son los lugares principales, pero también tengo que añadir que, como antropóloga, he vivido en lugares que han sido muy especiales donde he conocido gente muy maja –como dirían en España–, gente muy encantadora, amable, generosa. El pueblo donde hice mi primer trabajo de campo, Santa María

del Monte del Condado, un pueblito de 120 personas donde viví con 21 años, fue un lugar –y sigue siendo en mi imaginación– un lugar muy especial donde todavía tengo contactos de gente que vive ahí o vive cerca, en León o en Madrid. Y cuando vuelvo a España, siempre vuelvo al pueblo de Santa María, tengo un vínculo con ese pueblo que, aunque no es un pueblo donde yo nací y no tengo un hogar allá, tengo mucha gente que quiero y con la que quiero mantener el contacto. Igual que en México, en Mexquitic, también existe esta relación con varias familias allá, pero creo que con el pueblo de España es a lo mejor un poco más fuerte porque era tan joven y era tan inocente cuando viví en ese lugar y todas esas personas se preocuparon por mí, me cuidaron y me ayudaron en mi investigación, fue algo increíble. Buenos Aires me pareció una ciudad increíble, me encantó, y saber que tengo familia allá también es otro vínculo. También en Israel, otro lugar que podría ser un hogar, es Jerusalén y también me encantó muchísimo estar ahí. Así que es un mapa con muchos lugares, es difícil decir uno solo, pero a lo mejor si tuviera que decirlo a lo mejor al fin sería Nueva York, porque es el lugar donde llegué con cinco años, me crié en esa gran ciudad, es una ciudad donde se unen todas las culturas, todos los idiomas, un lugar realmente cosmopolita, igual que Miami porque ahí también se encuentran todas las culturas latinoamericanas, brasileñas, cubanos, peruanos, argentinos. Eso me gusta y me puedo sentir muy cómoda en Miami por esa razón y en Nueva York porque es todavía más internacional, ahí sí que te encuentras a todo el mundo, o sea son ciudades globales y creo que eso me atrae mucho. Viví también una temporada en Madrid y Madrid también me da esa sensación. Creo que éstos son los lugares que me atraen mucho.»

Al escuchar sobre los lugares que nunca se terminan de abandonar y aquellos a los que nunca se termina de llegar, ¿podemos hablar más de mapas trazados por las rutas y los caminos que nos llevan a ellos que por las fronteras que los atraviesan?

«Yo estaba pensando en los lugares a los que vuelvo constantemente, como que soy una viajera redundante, o sea, vuelvo a los mismos lugares. Cuando voy a España, podría explorar otro lugar, pero no, voy a Santa María del Monte. Voy a Cuba y vuelvo otra vez a los mismos lugares en La Habana. Siempre vuelvo al edificio donde viví de niña, vuelvo a la calle donde vivieron mis padres. Repito mucho, no soy una viajera que está explorando nuevos lugares. Podría irme, no sé, a China, Tailandia o Alaska, pero no. Yo sé que vuelvo a los mismos lugares, vuelvo a pisar las mismas pisadas. Tengo esa necesidad de la repetición. Son lugares a los que he ido muchas veces. Son lugares de ida, pero son también lugares de regreso. Regreso constantemente. No me aburro de ir a los lugares que ya conozco, los veo de otra forma cada vez que viajo, porque yo ya no soy la misma. Los lugares son los mismos, pero cuando uno vuelve, ya ha cambiado, ha evolucionado de alguna forma. Estás mayor, ya no eres joven y estás volviendo a estos lugares que conociste muy joven.

Es algo muy especial, como que uno va envejeciendo junto con los lugares que están en estos mapas que uno ha creado».

En ese sentido, ¿podrían ser reinterpretaciones constantes del lugar y de uno mismo?

«Son como espejos de ti misma, de tu personalidad, de quien fuiste en algún momento. Los lugares mantienen memoria, los lugares son receptáculos de memoria. Por eso uno quiere volver a estos lugares. Como cuando voy a Nueva York y digo: «¡Ay!, me acuerdo de esto. A tal edad iba a este museo. Cuando tenía 16 años tomaba un tren, un metro y me iba». También vas conociendo lugares que te parecía que ya los conocías y no, no los conocías perfectamente, como Nueva York mismo. Hay zonas que no las conocí bien de joven porque no iba, y ahora voy a lugares que no conocía. O sea, vuelves a conocer el lugar que te parecía que conocías. Eso me pasa con todos los lugares a los que he ido y he vuelto. Es como una manera de guardar las memorias. Los lugares y las memorias –por lo menos para mí– están muy unidos. Para mí tiene mucho que ver con la antropología, porque la antropología es una disciplina que está obsesionada con los lugares. Vamos a lugares a conocer culturas. Y el lugar es lo que guarda la cultura, creo que por eso tengo mucha obsesión con los lugares como receptáculos de memoria. Es como un ciclo, y por eso la maleta es un símbolo muy importante para mí. Es algo tan material, como la maleta guarda las cosas, lo que llevas contigo siempre. Cuando viajo tengo que pensar «bueno, qué es lo más necesario que voy a necesitar para mantener mi vida, no puedo llevar todo lo que tengo en la casa, ¿qué voy a llevar? ¿para este viaje que es lo que más necesito, qué es lo que puedo dejar atrás?». De cierta manera, cada viaje me hace pensar en la migración, en los exilios. Como que cada viaje tiene el peso de toda esta memoria del exilio, de una salida tras otra.»

Reflexión final

En las líneas introductorias se mencionó que en los textos de Behar se desprende la necesidad de recuperar y transmitir un legado familiar que recuerda constantemente de dónde se viene para tener claro hacia dónde se va. En este proceso de construcción identitaria, resulta imprescindible tanto la presencia de objetos, como el rol de las mujeres en la conservación de este legado, que se manifiesta ya sea de forma espontánea, tal y como demuestran los ropones guardados por Caro, testigos silenciosos de una época y de experiencias, cuya transmisión asegura un vínculo tangible con el pasado. O bien, expresamente, como lo muestra una de las publicaciones recientes de Behar y que es el primero de sus textos destinado a un público infantil-juvenil: *El nuevo hogar de Tía Fortuna/Tía Fortuna's New Home*, publicada simultáneamente en español y en inglés en enero 2022. En él se narran los momentos que comparten Estrella y su tía Fortuna, previos a la mudanza de esta última, quien deja su antiguo

edificio de apartamentos en Miami para integrarse a una comunidad de vida asistida. Mientras esperan la mudanza, Fortuna mostrará a Estrella sus pertenencias más preciadas provenientes tanto de su cultura cubana como judía. Y al tiempo en que le explica el significado de cada una de ellas, Fortuna prolonga la transmisión de un legado que recuerda y prolonga la pertenencia. Semejante al personaje de la tía Fortuna, la familia de Behar un día tuvo que irse «con solo una maleta de fotografías antiguas» «y la llave de una casa a la que no volvería jamás». Aunque como indica Behar, no se trata de «una pedagogía consciente» porque «en el libro ni se dice que es judía, se ven los elementos», la tía Fortuna mostrará a Estrella «que mientras tengas a tu familia, el hogar se lleva en el corazón».

Al momento de escribir *El nuevo hogar de la tía Fortuna*, Behar descubre que va a ser abuela, y la dedicatoria a su nieta nos recuerda que, en la transmisión intergeneracional, resulta indispensable recordar a través del cariño y la esperanza: «a los sefardíes en todas partes, *mazalozo ke* sea nuestro avenir. – R. B.»